

guaje con que nos habla, ó en la órden con que nos gobierna, ó en la disposición de las cosas que cria, lo que es en sí conveniente y bueno para la naturaleza en común. Bien sabéis, que unos salen á hacer mal con la luz, y que á otros la noche con sus tinieblas les convida á pecar: porque ni el corsario correría á la presa, si el sol no amaneciese; ni si no se pusiese, el adúltero macularía el lecho de su vecino. El mismo entendimiento y agudeza de ingenio de que Dios nos dotó, si atendemos á los muchos que usan mal de él, no nos le diera, y dejara al hombre no hombre. No dice San Pablo (II. ad Cor., c. II, v. 16.) de la doctrina del Evangelio, que á unos es olor de vida para que vivan, y á otros de muerte para que mueran? Qué fuera del mundo, si porque no se acrecentara la culpa de algunos, quedáramos todos en culpa? Esta manera de hablar, Juliano, adonde con semejanzas y figuras de cosas que conocemos y vemos y amamos, nos da Dios noticia de sus bienes, y nos los promete; para la cualidad y gusto de nuestro ingenio y condición, es muy útil y muy conveniente. Lo uno, porque todo nuestro conocimiento, así como comienza de los sentidos, así no conoce bien lo espiritual, si no es por semejanza de lo sensible que conoce primero. Lo otro, porque la semejanza que hay de lo uno á lo otro, advertida y conocida, aviva el gusto de nuestro entendimiento naturalmente, que es inclinado á cotejar unas cosas con otras discurriendo por ellas: y así cuando descubre alguna gran consonancia de propiedades entre cosas que son en naturaleza diversas, alégrase mucho, y como saboréase en ello, é imprímelo con más firmeza en las mientes. Y lo tercero, porque de las cosas que sentimos, sabemos por experiencia lo gustoso y lo agradable que tienen; mas de las cosas del cielo no sabemos cuál sea, ni cuánto su sabor y dulzura.

Pues para que cobremos afición y concibamos deseo de lo que nunca habemos gustado, preséntanoslo Dios debajo de lo que gustamos y amamos; para que entendiendo que es aquello más y mejor que lo conocido, amemos en lo no conocido el deleite y contento que ya conocemos. Y como Dios se hizo hombre dulcísimo y amorosísimo, para que lo que no entendíamos de la dulzura y amor de su natural condición, que no

veíamos, lo experimentásemos en el hombre que vemos, y de quién se vistió, para comenzar allí á encender nuestra voluntad en su amor; así en el lenguaje de sus escrituras nos habla como hombres á otros hombres, y nos dice sus bienes espirituales y altos con palabras y figuras de cosas corporales, que les son semejantes: y para que los amemos los enmiela con esta miel nuestra, digo, con lo que Él sabe que tenemos por miel.

Y si en todos es esto, en la gente de aquel pueblo de quien hablamos, tiene más fuerza y razón, por su natural y no creíble flaqueza, y como divinamente dijo San Pablo, por su infinita niñez. La cual demandaba, que como el ayo al muchacho pequeño le induce con golosinas á que aprenda el saber; así Dios á aquellos los levantase á la creencia, y al deseo del cielo, ofreciéndoles y prometiéndoles al parecer bienes de tierra. Porque si en acabando de ver el infinito poder de Dios, y la grandeza de su amor para con ellos en las plagas de Egipto, y en el mar Bermejo dividido por medio; y si teniendo casi presente en los ojos el fuego y la nube del Sina, y la habla misma de Dios que les decía la ley, sonando en sus oídos entonces; y si teniendo en la boca el maná que Dios les llovía; y si mirando ante sí la nube que los guiaba de día, y les lucía de noche, venidos á la entrada de la tierra de Canaán, adonde Dios los llevaba, en oyendo que la moraban hombres valientes, temieron y desconfiaron, y volvieron atrás llorando feo y vilmente, y no creyeron que quien pudo romper el mar en sus ojos, podría derrocar unos muros de tierra; y ni la riqueza y abundancia de la tierra que veían y amaban, ni la experiencia de la fortaleza de Dios, los pudo mover adelante: si luego y de primera instancia, y por sus palabras sencillas y claras les prometiera Dios la encarnación de su Hijo, y lo espiritual de sus bienes, y lo que ni sentían, ni podían sentir, ni se les podía dar luego, sino en otra vida, y después de haber dado luengas vueltas los siglos; cuándo, me decid, ó cómo, ó en qué manera aquellos, ó lo creyeran, ó lo estimaran? Sin duda fuera cosa sin fruto.

Y así todo lo grande y apartado de nuestra vista que Dios les promete, se lo pone tratable y deseable, saboreándose de esta manera que he dicho. Y particularmente en este mis-

terio y promesa de Cristo, para asentársela en la memoria y en la afición, se la ofrece en los libros divinos casi siempre vestida con una de dos figuras. Porque lo que toca á la gracia, que descende de Cristo en las almas, y á lo que en ellas fructifica esta gracia, díceselo debajo de semejanzas tomadas de la cultura del campo, y de la naturaleza de él. Y como vimos esta mañana, para figurar aqueste negocio, hace sus cielos y su tierra, y sus nubes y lluvia, y sus montes, y valles, y nombra trigo y vides, y olivas, con grande propiedad y hermosura. Mas lo que pertenece á lo que antes de esto hizo Cristo, venciendo al demonio en la cruz, y despojando el infierno, y triunfando de él y de la muerte, y subiéndose al cielo para juntar después á sí mismo todo su cuerpo, representaselo con nombres de guerras y victorias visibles: y alza luego la bandera, y suena la trompa, y relumbra la espada, y pintalo á las veces con tanta demostración, que casi se oye el ruido de las armas, y el alarido de los que huyen, y la victoria alegre de los que vencen casi se ve. Y demás de esto, si va á decir lo que sienta, la dureza, Juliano, de aquella gente, y la poca confianza que siempre tuvieron en Dios, y los pecados grandes contra Él, que de ella nacieron en aquel pueblo luego en su primero principio, y se fueron después siempre con él continuando y creciendo, feos, ingratos, enormes pecados dieron á Dios causa justísima para que tuviese por bueno el hablarles así figurada y revueltamente. Porque de la manera que en la luz de la profecía da Dios mayor ó menor luz, según la disposición y capacidad y cualidad del profeta; y una misma verdad á unos se les descubre por sueños, y á otros despiertos, pero por imágenes corporales y oscuras, que se les figuran en la fantasía, y á otros por palabras puras y sencillas; y como un mismo rostro en muchos espejos, más y menos claros y verdaderos, se muestra por diferente manera: así Dios esta verdad de su Hijo, y la historia y cualidad de sus hechos, conforme á los pecados y mala disposición de aquella gente, así se la dijo algo encubierta y oscura. Y quiso hablarles así, porque entendió, que para los que entre ellos eran y habían de ser buenos y fieles, aquello bastaba, y que á los contumaces perdidos no se les debía más luz.

Por manera que vió que á los unos aquella medianamente encubierta verdad les serviría de honesto ejercicio buscándola, y de santo deleite hallándola: y que eso mismo sería estropiezo y lazo para los otros, pero merecido estropiezo por sus muchos y graves pecados. Por los cuales caminando sin rinda, y aventajándose siempre á sí mismos, como por grados que ellos perdidamente se edificaron, llegaron á merecer este mal, que fué el sumo de todos: que teniendo delante de los ojos su vida, abrazasen la muerte, y que aborreciesen á su único suspiro y deseo, cuando le tuvieron presente; ó por mejor decir, que viéndole no le viesan, ni le oyesen oyéndole, y que palpasen en las tinieblas estando rodeados de luz. Y merecieron pecando, pecar más, y llegar á cegarse, hasta poner las manos en Cristo, y darle muerte y negarle, y blasfemar de Él: que fué llegar al fin del pecado. Levántoselo agora yo, ó no se lo dijo por Isaias Dios mucho antes? (Isai. c. vi, v. 10) *Cegaré el corazón de este pueblo, y ensordecerles he los oídos, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan, y no se conviertan á Mí, ni los sane Yo.* Y que sirviese para esta ceguedad y sordera, el hablarles Dios en figuras y en parábolas, manifiéstalo Cristo diciendo (Luc., c. viii, v. 10): *A vosotros es dado conocer el misterio del reino, pero á los demás en parábolas, para que viéndolo no lo vean, y oyéndolo no lo oigan.*

Mas pues estos son ciegos y sordos, y porfían en serlo, dejémoslos en su ceguedad, y pasemos á declarar la fuerza de este BRAZO invencible. Y diciendo esto Marcelo, y mirando hácia Sabino, añadió: si á Sabino no le parece que queda alguna otra cosa por declarar. Y dijo esto Marcelo, porque Sabino, en cuanto él hablaba, ya por dos veces había hecho significación de quererle preguntar algo, inclinándose á él con el cuerpo, y enderezando el rostro y los ojos en él. Mas Sabino le respondió:—Cosa era lo que se me ofrecía de poca importancia, y ya me parecía dejarla. Mas pues me convidáis á que la diga, decidme, Marcelo, si fué pena de sus pecados en los judíos el hablarles Dios por figuras, y se cegaron en el entendimiento de ellas por ser pecadores, y si por haberse cegado desconocieron y trajeron á Jesucristo á la muerte; podríisme por ventura mostrar en ellos algún pecado primero tan malo y tan grande, que mereciese ser causa de este últi-

mo y gravísimo pecado que hicieron después?—Excusado es buscar uno, respondió Marcelo, adonde hubo tan enormes pecados y tantos. Mas aunque esto es así, no carece de razón vuestra pregunta, Sabino. Porque si atendemos bien á lo que por Moysén está escrito, podremos decir que en el pecado de la adoración del becerro merecieron, como en culpa principal, que permitiéndolo Dios, desconociesen y negasen á Cristo después. Y podremos decir, que de aquella fuente manó aquesta mala corriente, que creciendo con otras avenidas menores, vino á ser un abismo de mal.

Porque si alguno quisiere pesar con peso justo y fiel todas las cualidades de mal, que en aquel pecado juntas concurren, conocerá luégo, que fué justamente merecedor de un castigo tan señalado, como es la ceguedad en que están, no conociendo á Jesús por Mesías, y como son los males y miserias en que han incurrido por causa de ella. No quiero decir agora que los había Dios sacado de la servidumbre de Egipto, y que les había abierto con nueva maravilla la mar, y que la memoria de estos beneficios la tenían reciente. Lo que digo para verdadero conocimiento de su grave maldad, es aquesto, que en ese tiempo y punto volvieron las espaldas á Dios, cuando le tenían delante de los ojos presente encima de la cumbre del monte; cuando ellos estaban alojados á la falda del Sina; cuando veían la nube y el fuego, testigos manifiestos de su presencia; cuando sabían que Moysén estaba hablando con Él, cuando acababan de recibir la Ley, la cual ellos comenzaron á oír de su misma boca de Dios, y movidos de un terror religioso, no se tuvieron por dignos para oirla del todo, y pidieron que Moysén por todos la oyese. Así que viendo á Dios, se olvidaron de Dios; y mirándole le negaron; y teniéndole en los ojos, le borraron de la memoria.

Mas por qué le borraron? No se puede decir más breve, ni más encarecidamente que la Escritura lo dice. Por un becerro que comía heno. Y aun no por becerro vivo que comía, sino por imágen de becerro, que parecía comer, hecha por sus mismas manos en aquel punto. A aquel los desatinados dijeron (Exod., c. xxxii, v. 4): *Este, este es tu Dios, Israel, el que te sacó de la servidumbre de Egipto.* Qué flaqueza, preguntó, ó qué desamor habían hallado en Dios hasta entonces? O

qué mayor fortaleza esperaban de un poco de oro mal figurado? O qué palabras encarecen debidamente tan grande ceguedad y maldad? Pues los que tan de balde, y tan por su sola malicia y liviandad increíble se cegaron allí, justísimo fué, y Dios derechamente lo permitió, que se cegasen aquí en el conocimiento de su único bien. Y porque no parezca que lo adivinamos agora nosotros, Moysén en su cántico, y en persona de Dios, y hablando de aqueste mismo becerro, de que hablamos, tan mal adorado, se lo profetiza, y dice de aquesta manera (Deuter., c. xxxii, v. 1): *Estos me provocaron á mi en lo que no era Dios: pues yo los provocaré á ellos* (conviene á saber á envidia y dolor) *llamando á mi gracia, y á la rica posesión de mis bienes, á una gente vil, y que en su estima de ellos no es gente.* Como diciéndoles, que por cuanto ellos le habían dejado por adorar un metal; él los dejaría á ellos, y abrazaría á la gentilidad, gente muy pecadora y muy despreciada. Porque sabida cosa es, así como lo enseña San Pablo (Ad Rom., c. ix, v. 32) que el haber desconocido á Cristo aquel pueblo, fué el medio por donde se hizo aqueste trueque y traspaso, en que él quedó desechado y despojado de la religión verdadera; y se pasó la posesión de ella á las gentes.

Mas traigamos á la memoria, y pongamos delante de ella, lo que entonces pasó, y lo que por orden de Dios hizo Moysén, que el mismo hecho será pintura viva y testimonio expreso de aquesto que digo. No dice la Escritura en aquel lugar, que abajando Moysén del monte, habiendo visto y conocido el mal recaudo del pueblo, quebró, dando en el suelo con ellas, las tablas de la Ley, que traía en las manos? Y que el tabernáculo, adonde descendía Dios, y hablaba con Moysén, le sacó Moysén luégo del real, y de entre las tiendas de los hebreos, y lo asentó en otro lugar muy apartado de aquel? Pues qué fué esto, sino decir y profetizar figuradamente lo que en castigo y pena de aquel exceso había de suceder á los judíos después? Que el tabernáculo donde mora perpétuamente Dios, que es la naturaleza humana de Jesucristo, que había nacido de ellos, y estaba residiendo entre ellos, se había de alejar por su desconocimiento de entre los mismos, y que la ley que les había dado, y que ellos con tanto cuidado guardan agora, les había de ser, como es, cosa perdida y sin

fruto, y que habían de mirar, como ven agora, sin menearse de sus lugares y errores, las espaldas de Moysén, esto es, la sombra y la corteza de su Escritura? La cual siendo de ellos, no vive con ellos, antes los deja, y se pasa á otra parte delante de sus ojos, y mirándolo con grave dolor. Así que por sus pecados todos, y entre todos por este del becerro, que digo, fueron merecedores de que ni Dios les hablase á la clara, ni ellos tuviesen vista para entender lo que se les hablaba.

Mas pues habemos dicho acerca de esto todo lo que convenia decir; digamos ya la cualidad de este BRAZO, y aquello á que se extiende su fuerza. Y como se callase Marcelo aquí un poco, tornó luego á decir: De Lactancio Firmiano se escribe, como sabéis, que tuvo más vigor escribiendo contra los errores gentiles, que eficacia confirmando nuestras verdades; y que convenció mejor el error ajeno, que probó su propósito. Mas yo, aunque no le conviene á ninguno prometer nada de sí, confiado de la naturaleza de las mismas cosas, oso esperar, que si acertare á decir con palabras sencillas las hazañas que hizo Dios por medio de Cristo, y las obras de fortaleza, por cuya causa se llama su BRAZO, que por él acabó; ello mismo hará prueba de sí tan eficaz, que sin otro argumento se esforzará á sí mismo, y se demostrará que es verdadero, y convencerá de falso á lo contrario. Y para que yo pueda agora, refiriendo aquestas obras, mostrar la fuerza de ellas mejor; antes que las refiera, me conviene presuponer, que á Dios, que es infinitamente fuerte y poderoso, y que para Él hacer, le basta solo el querer, ninguna cosa que hiciese le sería contada á gran valentía, si la hiciese usando de su poder absoluto, y de la ventaja que hace á todas las demás cosas en fuerzas.

Por donde lo grande, y lo que más espanto nos pone, y lo que más nos demuestra lo inmenso de su no comprensible poder y saber, es, cuando hace sus cosas, sin parecer que las hace; y cuando trae á debido fin lo que ordena, sin romper alguna ley ordenada, y sin hacer violencia; y cuando sin poner Él en ello, á lo que parece, su particular cuidado, ó sus manos, ello de sí mismo se hace: antes con las manos mismas, y con los hechos de los que lo desean impedir, y se tra

bajan en impedirlo, no sabreis cómo, ni de qué manera viene ello casi de suyo á hacerse. Y es propia manera esta de la fortaleza, á quien la prudencia acompaña. Y en la prudencia lo más fino de ella, y en lo que más se señala, es el dar orden, como se venga á fines extremados y altos y dificultosos, por medios comunes y llanos, sin que en ellos se turbe en los demás el buen orden. Y Dios se precia de hacerlo así siempre; porque es en lo que más se descubre y resplandece su mucho saber. Y entre los hombres, los que gobernaron bien, siempre procuraron cuanto pudieron avvicinar á esta imagen de gobierno sus ordenanzas. La cual imagen apenas la imitan ni conocen los que el día de hoy gobiernan. Y con otras muchas cosas divinas, de las cuales agora tenemos solamente la sombra, también se ha perdido la fineza de aquesta virtud en los que nos rigen, que atentos muchas veces á un fin particular que pretenden, usan de medios, y ponen leyes que estorban otros fines mayores, y hacen violencia á la buena gobernación en cien cosas, por salir con una cosa sola que les agrada.

Y aun están algunos tan ciegos en esto, que entonces presumen de sí, cuando con leyes, que cada una de ellas quebranta otras leyes mejores, estrechan el negocio de tal manera, que reducen á lance forzoso lo que pretenden. Y cuando suben, como dicen, el agua por una torre, entonces se tienen por la misma prudencia, y por el dechado de toda la buena gobernación: como (si sirviera para nuestro propósito) lo pudiera yo agora mostrar por muchos ejemplos. Pues quedando esto así, para conocer claramente las grandezas que hizo Dios por este BRAZO suyo, convendrá poner delante los ojos la dificultad y la muchedumbre de las cosas que convenia, y era necesario que fuesen hechas por Dios para la salud de los hombres. Porque conocido lo mucho y lo dificultoso que se había de hacer, y la contrariedad que ello entre sí mismo tenía; y conocido cómo las unas partes de ello impedían la ejecución de las otras; y vista la forma y facilidad, y si conviene decirlo así, la destreza con que Dios por Cristo proveyó á todo, y lo hizo como de un golpe, quedará manifiesta la grandeza del poder de Dios, y la razón justísima que tiene para llamar á Cristo BRAZO suyo, y valentía suya.

Decíamos pues hoy, que Lucifer enamorado vanamente de

sí, apeteció para sí lo que Dios ordenaba para honra del hombre en Jesucristo. Y decíamos, que saliendo de la obediencia y de la gracia de Dios por esta soberbia, y cayendo de felicidad en miseria, concibió enojo contra Dios, y mortal envidia contra los hombres. Y decíamos, que movido y aguzado de aquellas pasiones, procuró poner todas sus mañas é ingenio en que el hombre, quebrantando la ley de Dios, se apartase de Dios, para que apartado de él, ni el hombre viniese á la felicidad que se le aparejaba, ni Dios trujese á fin próspero su determinación y consejo: y que así persuadió al hombre que pasase el mandamiento de Dios, y que el hombre le traspasó; y que hecho esto, el demonio se tuvo por vencedor, porque sabía que Dios no podía no cumplir su palabra, y que su palabra era que muriese el hombre el día que traspasase su ley. Pues digo agora, añadiendo sobre esto lo que para aquesto de que vamos hablando conviene, que destruido el hombre, y puesto por esta manera en desorden y en confusión el consejo de Dios, y quedando contento de sí y de su buen suceso el demonio; pertenecía al honor y á la grandeza de Dios que volviese por sí, y que pusiese en todo conveniente remedio: y ofrecíanse juntamente grande muchedumbre de cosas diferentes, y casi contrarias entre sí, que pedían remedio.

Porque lo primero, el hombre había de ser castigado, y había de morir; porque de otra manera no cumplía Dios, ni con su palabra, ni con su justicia. Lo segundo, para que no careciese de efecto el consejo primero, había de vivir el hombre, y había de ser remediado. Lo tercero, convenía también que Lucifer fuese tratado conforme á lo que merecía su hecho y osadía, en la cual había mucho que considerar. Porque lo uno fué soberbio contra Dios, lo otro fué envidioso del hombre. Y en lo que con el hombre hizo, no sólo pretendió apartarle de Dios, sino sujetarle á su tiranía, haciéndose él señor y cabeza por razón del pecado. Y demás de esto procedió en ello con maña y engaño, y quiso como en cierta manera competir con Dios en sabiduría y consejo, y procuró como atarle con sus mismas palabras, y con sus mismas armas vencerle. Por lo cual para que fuese conveniente el castigo de estos excesos, y para que se fuesen respondiendo bien la pena y la culpa; la pena justa de la soberbia que Lucifer tuvo, era, que

al que quiso ser uno con Dios, le hiciese Dios siervo y esclavo del hombre. Y así mismo porque el dolor de la envidia es la felicidad de aquello que envidia; la pena propia del demonio envidioso del hombre, era hacer al hombre bienaventurado y glorioso. Y la osadía de haber cutido (1) con Dios en el saber y en el aviso, no recibía su debido castigo, sino haciendo Dios que su aviso y su astucia del demonio fuese su mismo lazo, y que perdiese á sí y á su hecho por aquello mismo por donde lo pensaba alcanzar, y que se destruyese pensado valerse.

Y en consecuencia de esto, si se podía hacer, convenía mucho á Dios hacerlo, que el pecado y la muerte, que puso el demonio en el hombre para quitarle su bien, fuesen lo uno ocasión, y lo otro causa de su mayor bienandanza; y que viviese verdaderamente el hombre, por haber habido muerte; y por haber habido miseria, y pena y dolor, viniese á ser verdaderamente dichoso; y que la muerte y la pena, por donde á los hombres les viniese este bien, la ordenase y la trujese á debida ejecución el demonio, poniendo en ella todas sus fuerzas, como en cosa que según su imaginación le importaba. Y sobre todo cumplía, que en la ejecución y obra de todo aquesto que he dicho, no usase Dios de su absoluto poder, ni quebrantase la suave orden y trabazón de sus leyes; sino que yéndose el mundo como se va, y sin sacarle de madre, se viniese haciendo ello mismo. Esto pues había en la maldad del demonio, y en la miseria y caída del hombre, y en el respeto de la honra de Dios; y cada una de estas cosas para ser debidamente ó castigada, ó remediada, pedía la orden que he dicho, y no cumplía consigo misma y con su reputación y honor la potencia divina, si en algo de esto faltaba, ó si usaba en la ejecución de ello de su poder absoluto.

Mas pregunto, que hizo? Enfadóse por aventura de un negocio tan enredado, y apartó su cuidado de él enfadándose? En ninguna manera. Dió por caso salida y remedio á lo uno, y dejó sin medicina á lo otro, impedido de la dificultad de las

(1) *Cutido*, como si dijera, *competido*. En el fol. 154, lín. 34, dijo, *competir con Dios*. *Cutir* es golpear una cosa con otra. Véase Covarrubias.